



Agustín Díaz Pacheco, nacido en Tenerife, Canarias (1952). Ha obtenido distintos premios de cuentos y novela. Figura en varias antologías, viendo publicado varios libros de narrativa, ejerciendo el periodismo cultural en diversas páginas, revistas y suplementos, abordando el comentario crítico (literatura, pintura, escultura y cine), y escrito más de cuatrocientos artículos de opinión. Sus obras: *Los nenúfares de piedra* (1982), *La cadena de agua y otros cuentos* (1984), *El camarote de la memoria* (1987), *La rotura indemne* (1989), *La mirada de plata* (1993), *Proa en nieblas* (1999), *Breves atajos* (2002) y *Línea de naufragio* (VIII Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna y Caja Canarias, 2002).

BEDIEZA

El mar posee sus incógnitas.

Ingenia sus secretos.

Sorprende porque es imprevisible y los marineros saben de sus ocurrencias y trampas, a veces bastante crueles.

Y en el mar siempre hay tiempo para la sorpresa.

Es lo que sucede con Bedieza, isla alba y decidida en sus sesenta y cinco kilómetros de largo y veintiuno de ancho, que se desliza al compás de vientos y corrientes marinas. Bedieza ha sido avistada cerca del Mar de Weddell, a setecientos kilómetros del Cabo de Hornos, pero también la divisan en distintos y lejanos mares. Se encubre en la niebla, siempre en su humedad glacial, hundida su blanca quilla en las frías aguas en las que un hombre perecería antes de dos o tres minutos.

Aviones, barcos, submarinos y sofisticados aparatos avistan en numerosas ocasiones a Bedieza, les consta que el albo lugar tiene por suerte una extraña lentitud, pero sabe escapar de la búsqueda y hasta del cerco que persiguen y tienden sus perplejos observadores. Navega en la tersa superficie del mar a una velocidad de catorce kilómetros por día. Parece no tener prisa, tal vez desee aliarse con la serenidad que conceden viejas y astutas singladuras, crónicas entregadas a ingeniosos cartógrafos, siguiendo la corriente de antiquísimas leyendas contadas por temblorosos labios o escritas por titubeantes manos protegidas por mitones de trabajo en el transcurso de noches despojadas de sueño. Crónicas añejas son leídas con avidez, palabras que entretejen historias aparecen en periódicos y revistas, luego son llevadas hasta gruesos libros, y la parsimoniosa travesía de Bedieza ocupa la atención de periodistas, geógrafos, historiadores, marinos y aviadores militares, ingenieros navales, pescadores, estudiantes, y un sinfín de curiosos que cuando planean secundar o atreverse en hacerse al mar quedan inmovilizados por el miedo.

Día y noche, sin desmayo, algunos hombres y mujeres que se han zafado de las invisibles ligaduras que atan la voluntad, montan guardia, pero su inicial entusiasmo queda truncado. Bedieza es hábil, intermitente en sus idas y venidas, parece ignorar la acogida de algún portulano. Los hombres y mujeres, cansados por la espera, desisten de su misión y vuelven a tierra firme.

Hay quienes mantienen que Bedieza no es otra que la Isla de San Borondón que ha decidido una vez más fijar su propia travesía, la estrategia de aparecer y desaparecer en serena pero certera evasividad. Incluso existen los que atreven una extraña porfía.

Están los que sostienen que Bedieza es el reflejo del Teide, el volcán más alto de las Islas Canarias, situado en Tenerife, un reflejo de la nieve que corona su pico y quiere hundirlo en el agua, sediento de líquido, igual que lo haría una blanca paloma cuyo mensaje es inaprensible para los hombres, una paloma que a veces se aproxima al nivel del mar.

Otros dicen que es el Volcán de Osorno, situado en el sur de Chile, que mira desde su elegante altivez y que fue llevado hacia un gigantesco iceberg que no dudó en deglutirlo, labor en emproar llevada a cabo por antiguos colonos alemanes e italianos, osados marinos que dirigiéndose a Chile naufragaron por causas desconocidas.

Para muchos, Bedieza tal vez sea una comarca esquiva que recorta sus propios límites, una comarca gélida que desde tiempos remotos siempre han imaginado las personas desde el fondo del deseo, quienes le han puesto el nombre de Isla de Job o Isla de la Paciencia, la que se esconde en cada uno de los seres humanos, cuando las personas tiritan ante la adversidad y el rescoldo de las circunstancias mantiene aún sus ardientes brasas. Quiere vencer desde el insomnio y la obsesión, acostumar al desasosiego y los temporales interiores, inducir al naufragio de ideas y demás reflexiones, y así las heridas que cauterizan ayer vuelven a abrirse con posterioridad.

Cada hombre y mujer, es un paisaje interior que o bien abreva en la bondad o elige el pozo sin fondo de la codicia y del rencor. En sus quebradas rutas y efímeras arribadas, navegando entre líneas de naufragio, tanto las cartas marinas como las terrestres, que sirven para calcular los mapas escondidos del hombre y la mujer, han sido trazadas luego de descifrar el sueño de las viejas y nuevas estirpes. El hombre y la mujer acostumbran a viajar por inhóspitos desiertos y silenciosos océanos donde el agua duerme. Odian o aman el líquido cuyo aquietado sueño está acompañado del hielo sin mácula que puede hacer naufragar. Ambos, siguen intentando soñar en la realidad y dormir entre la tempestad de las pesadillas. No es más que el eterno dilema; la pregunta que se elude y los hechos que traicionan. Entre la magia de la quimera y el entusiasmo del hallazgo, Bedieza parece ciega ante tantas reclamaciones y apetencias. Y los que han atrevido descubrir su tamaño, creyendo que todo es posible de acaudalar, tal vez no hagan más que sumergirse en el pantano de la vida.

El hielo de Bedieza parece frágil, pero puede abrir heridas en las naves, y hasta puede hundir la desmesura. La Isla de Job tal vez tenga la prudente paciencia de quien confía en los actos más que en las ideas. La Isla de la Paciencia abre caminos en el mar, luego suturados por la espuma. Bedieza, al igual que la condición humana, probablemente sea más una apetencia que un hecho verídico. Pero hay quienes se embarcan en la utopía y empuñan el timón a pesar de la altura de las olas, de la briosa fuerza del viento, y de los escondidos cuchillos de hielo. La ambición obtiene así el pabellón ansiado, y llegar cómo sea y cueste lo que cueste es la meta que justifica dobleces y desmanes.

Bedieza sabe cómo mantenerse distante, tiene por brújula el silencio y la desconfianza. En un mundo donde las palabras son idolatradas, podría valer la herejía del idioma sincero y los buenos actos consumados. Es propósito y dilema, sueño y realidad, norte y marjal. Y Bedieza, con la sabiduría que concede contemplar la brevedad del triunfo honestamente obtenido y la abundancia de las derrotas que son engalanadas, se limita a observar.

Sea mito, reflejo, motivo de diálogos convocados por antiquísimas leyendas y llevadas a la historia, o deseada ilusión para perpetrar incursiones contra el tedio, Bedieza surca los mares. Lo hace con majestuosidad, entre atrayente para inquietas miradas y remisa en ser invadida. Parece estar poseída de suficiente astucia, sustraída a los hombres, y acumulada sin descanso durante la inmemorial edad del tiempo.

Bedieza o Isla de Job, quizá Isla de la Paciencia para quienes ansían la serenidad, podría ser reflejo náutico de preocupaciones y esfuerzos que se han vuelto óxido en el metal que sujeta el tajamar de las naves y alongan el palo de bauprés de los veleros que hinchon sus blancos pulmones con el aliento misterioso de antiguas geografías. Va más allá de lo tangible, parapetada en unas ocasiones por el celaje y otras por la niebla, la isla sabe de los recovecos que le ofrece el mar.

Se dice incluso que tiene clima propio, sin que sean cuatro sus estaciones; la primavera, el verano, el otoño y el invierno tal vez hayan sido desalojados por cuatro indómitos inviernos que no dejan constancia en las cifras que habitan las páginas abismadas de los almanaques.

Cuatro inviernos que simulan dividirse pero que lo único que buscan es insistir para que la ambición humana se congele.

Cuatro estaciones escasamente diferenciadas: el Invierno Benévolo, entre enero y marzo.

El Invierno Dormido, que surge desde el comienzo del periodo que va desde abril a junio.

El Invierno Diáfano, que se inicia en julio y termina en septiembre.

El Invierno de las Lluvias, que nace en octubre y muere en diciembre.

Cuatro inviernos en los que nunca faltan celajes y nieblas. Donde abundan apariciones y espejismos, tan rápidos que la rapidez de la visión no puede con la urgencia de las imágenes. Es un tiempo largo y que no cesa en provocar trastornos individuales.

Bedieza acecha desde el misterio de su distancia, sus corrientes impiden que barcos y lanchas se le aproximen, deja espacio para violentas brisas que desvían decididos empujones, y entiende como una persona situada en la difícil balanza donde trata de compensarse el rencor y la memoria.

En el mar que rodea a Bedieza, surgen remolinos, flotan extraños arbustos, llegan a crecer exóticos árboles, emergen a superficie pequeños jardines, maduran frutas que envenenan, y caen hojas transparentes que se confunden con el mar. Un mar a veces indómito y a veces cruel, parece haber trazado una línea divisoria imposible de atravesar.

La noche y el día emulan a la misma sorpresa. Tanto se ve la isla de noche como se la distingue de día.

Bedieza no sólo es astuta, posee inteligencia propia, parece saber discernir y actuar. Se retira pero no se aleja del todo, se aproxima pero no se acerca demasiado. Al este y oeste de la isla brillan en ocasiones extraños resplandores. Hay quienes dicen que son fogatas suspendidas en el aire, a salvo de la nieve y el hielo; fuegos prendidos por nómadas que buscan un lugar dictado por generaciones anteriores. Más de un navegante piensa que Bedieza está poblada por una raza no extinguida, una raza que conoce bien las entrañas del hombre, los engranajes de la mente del hombre, incluso puede que sea la conciencia vuelta materia, condenada por sus excesos, que no llega a gritar pero que huye como quien está dominado por la culpa.

Días, semanas, meses y años invitan a la reflexión.

Isla de Job es paciente o se ensaña.

Isla de la Paciencia tiene oquedades donde se ocultan los pensamientos prohibidos. Es cuando se ofrece el viaje hacia el interior de los psiconautas, de los exploradores que transitan por espacios escondidos. La naturaleza del prodigio o la raíz que hace flotar el mito intenta alargar la endeble esperanza, desea redimir a los hombres de simas e incertidumbres. La isla surca los mares, parece eludir el naufragio, temerosa del tedio y las turbulencias tan unidas a quienes sueñan, siguiendo la milenaria tradición de invocar suerte y poder.

Bedieza es contradictoria y llega a herir, y lo hace con cordura y sin bistorí.

Quién sabe si surge la paradoja de un oasis en el desierto líquido, y a los poetas y novelistas, a los hombres y mujeres que se sumergen en el vértigo de las palabras, que imaginan o tratan de domar la historia mirando embelesados la edad del océano, se les ofrezca una pesadilla.

Tal vez emerge el riesgo, y contempla miseria, tasa la excrecencia de muchas pasiones ocultas o puestas a la intemperie, y aceptan la mezquina osadía de vivir a timón equivocado. Pero también quiera conocer más de la sinceridad, la ternura y la errática cercanía del amor. Entonces Bedieza estaría a mitad del desamparo y el abrigo. Una cortina de lluvia o la cueva donde crepita el fuego. La metáfora de la existencia para los hombres que declinan, que intentan confiar en la débil proa del humano empeño, diseñadas por la ambición y la crueldad o por la recompensa de promesas escritas en la piel del agua.

En los momentos aciagos, cuando dudas y temores se convocan entre sí, tejiendo una tela de araña, parece surgir un eclipse y Bedieza destaca en toda su inmaculada blancura. Entonces no queda otra posibilidad que desenvolver el coraje y la resistencia, y la isla acomete otra singladura más. Pero mejor la brújula de la ilusión serena, del horizonte imaginado, la luz entrevista con la que a veces la acaricia el sol. Pero el océano intentará convencer de su pujanza, acosar en la embestida que crece en el seno del temporal. Es cuando surge la constante amenaza y acecha el naufragio, para desdibujar la aurora y el camino que siempre se persigue. La guillotina de las horas difíciles, con su reloj de agua alimentado por las olas, bruñe la plata del inmenso ojo líquido de la serpiente hebrea del Leviatán.

Puede que el mar y las corrientes calientes se confabulen en el acierto de su venganza e

intenten desmembrar a Bedieza, convirtiéndola en un archipiélago de icebergs. Pero en su infinita paciencia la comarca alba continúa su periplo, escribiendo su ruta en el agua, escogiendo su particular travesía, con sus escasos habitantes que dicen ser vistos de cuando en cuando, durante los novilunios, ávidos en cumplir la tarea de poblar el cuaderno de bitácora que recibe la lluvia sesgada de la tinta que es manuscrita por medio de una pluma.

Ante la proximidad de Bedieza, un viejo mercante noruego, tras seguir su estela, prefirió desviar el rumbo y emproar hacia la isla. Su capitán, Henrik Hamsun, infundido de valor, decidió orzar pero luego emproó en otra dirección al comprobar que el mercante ahocicaba obligado por la carga que llevaba en las bodegas. Pero lo insólito era que el mar estaba calmo a diferencia del agua que rodeaba toda la nave.

Más tarde, el capitán dijo, Al atardecer, un enorme rayo de luz cayó sobre Bedieza, que se volvió esquiva y la claridad que de la isla se desprendía llegó a inquietar a mi tripulación. No dudé en anotar la menor incidencia en el cuaderno de bitácora. Desde el barco pudimos apreciar que en las proximidades de Bedieza navegaban galeras griegas, trirremes y corbitas romanas, karvs y drakars vikingos con caperol de cabeza zoomorfa y de los que partían numerosos faerings, que intentaban abarloar en la isla; vimos gaulos fenicios atiborrados de ricas alfombras y bajeles árabes conteniendo gemas en sus alforjas de madera. Avistamos también juncos chinos, galeones, carabelas y fragatas. Y en todas las embarcaciones los tripulantes, cuyas facciones podíamos distinguir, nos hablaban en distintas lenguas, pero todos los marineros señalaban la isla y gritaban, ¡Bedieza, Bedieza, Bedieza! Los marineros de mi nave se pusieron nerviosos. Andaban de un lado para el otro. No tuve más remedio que ordenar cambiar el rumbo. Momentos más tarde, Bedieza había desaparecido, arrojada en la hábil ceguera de la niebla. Durante varios días navegamos en mitad de la espesa ceguera que parecía plata esfumada en el aire. Nada supimos de la isla, tampoco de las naves, pero no dudamos en mantener la máxima atención. Pero hay algo que me impresionó. En Bedieza, durante un breve instante, pude apreciar a través de mis prismáticos unas imágenes que me recordaron a la Estatua de San Brandan, erigida en la Catedral de Clonfert, situada en el Condado de Galway, en Irlanda. Pero luego, repentinamente, desapareció a lo lejos, con la Isla de Bedieza. No quise decirle nada a los marineros, no deseé preocuparlos más. Pero sí recordé un viaje a Irlanda, un país de mágica belleza, y también la estatua de San Brandan, la cual me fue mostrada por un monje ciego quien para guiarnos se valía del oído y el olfato; se apoyaba en un cayado en cuya empuñadura habían incrustado dientes de delfín, y cuando se aproximaba a algún lugar en el cual era peligroso andar o merodeaba un abismo, entonces elevaba la voz, incluso llegaba a gritar, y así calculaba cuál era el camino más seguro a la vez que también, llegado el caso, medía la altura de la sima. Pero Bedieza, a pesar de las imágenes que contemplé, era diferente, y yo lo atribuyo a trucos de mi propia memoria.

Es todo lo que pudieron escuchar sus marineros, después de que el capitán Henrik Hamsun se recluyera durante cerca de una semana en su camarote.

Tal vez Bedieza no se hurtaba a la mirada, al fin y al cabo toda isla es una interrupción del horizonte, el mismo que puede engullirla, y la pregunta es qué hay al otro lado de Bedieza. Y hay quienes dicen que Bedieza al avanzar forma caprichosos remolinos en el ánimo y hasta llega a provocar fuertes mareos, vómitos, disentería, una extraña ceguera que va cediendo en la travesía de retorno, y accesos de locura durante los cuales lo único que oyen quienes padecen tal trastorno es un quejido y luego un grito, ¡Beeediiieezaaa! Así, día tras día y noche tras noche, algunos marineros no cesan en gritar; luego, repentinamente, los enloquecidos recuerdan su trastorno y cuentan incansablemente cómo estuvieron en la isla, transitaron caminos de plata, pudieron recoger arena que sanaba heridas, guijarros que conducían a la suerte y hasta encontraron varios manantiales cuya agua hacía rejuvenecer.

Lo que no dijo el capitán Henrik Hamsun es que tras mirar hacia la isla durante toda la noche, envejeció. Fue durante el Invierno Dormido. Lo comprobaron con enorme sorpresa los hombres que estaban a su mando, los mismos que al mirarse unos a otros se descubrieron arrugas y barbas nevadas por el tiempo, brotaron dolorosas enfermedades, se padeció un repentino escorbuto, varios marineros se volvieron tullidos, otros más enloquecieron, algunos contrajeron lepra y uno decidió poner fin a sus días. Pudieron cerciorarse de que sus cuerpos se doblaban en sorpresiva genuflexión que les recordó su propia fragilidad y que el pulso también temblaba. Y volvieron a mirar al capitán, prontamente envejecido, y escucharon su voz, sus palabras, dichas en idioma desconocido y que al ser pronunciado de manera tan gutural parecía ser remoto eco que no pudieron comprender. El capitán murió a los dos días de haber enfermado, aquejado de súbita enfermedad. Lo envolvieron en sabanas

y mantas, las cuales lastraron, lo colocaron sobre una tabla que depositaron en una de las amuras, y luego arrojaron su cuerpo al mar. Fue entonces cuando se pudo comprobar que el cuerpo flotaba rumbo a Bedieza y que no demoraba el destino, hasta perderse en su orilla. Y fue también cuando las cuadernas del viejo mercante noruego comenzaron a crujir y un fuerte olor a humedad impregnó toda la embarcación, y los líquenes se adhirieron tanto a babor como a estribor, igual a proa que a popa, y extrañas algas colgaron de las amuras, a la vez que disminuía la aguada.

Durante una semana el barco anduvo a la deriva y no funcionaron los instrumentos de a bordo. Más de un marinero llegó a decir que al caer el crepúsculo, cuando la luna se insinuaba, se podía contemplar a un anciano barbado que se situaba en la proa del barco. Permanecía de espalda, ajeno al resto de la nave. Un anciano que permanecía de pie, impassible y absolutamente callado, mirando en dirección al lugar por donde había desaparecido la isla. Atardecer tras atardecer, la silueta del anciano se recortaba solitaria al principio de cubierta. Ningún marinero atrevió la menor pregunta, sólo se comunicaron con gestos, miradas o escritos, porque cada vez que intentaban hablar el anciano comenzaba a gritar enloquecido y sus alaridos parecían invocar a las olas, que subían por las amuras y barrían la cubierta del barco.

Parece que Bedieza no se contenta con el contacto humano. Esconde la proa y borra la popa en las aguas vestidas de nieblas blancas. Si rehuye a los hombres es porque sabe de los entresijos de la condición humana. Ha sabido medir el tamaño de las bajezas, la altitud de la ternura, las dos contradicciones de todos los navegantes, hasta buscar amparo en la altiplanicie del silencio. Para ello cuenta con grandes aliados. Los celajes, los trucos urdidos por la meteorología, el viento, los ríos y afluentes que guían y hasta a veces se vuelven en obstáculos para las quillas esculpidas en el mar. Pero, a la vez, la Isla de Job, al querer ser lugar de paciencia, aspira a convencer en una insensata urgencia para vivir indagando en la voluntad de quienes quieren aproximársele, mutilando esperanzas y obcecada en impedir que los hombres de muchas naves puedan vivir en paz.

¿Quién puede tener la certeza de las intenciones de Bedieza?, porque la Isla de Job tal vez sea una advertencia, una acusación que pesa sobre la Humanidad.

El hombre ha llegado a tantos sitios con su alforja de promesas envenenadas por sus propias necesidades y limitaciones que se ha vuelto temible. Un dios Jano de multiplicadas caras. De ahí que la isla se mantenga flotando entre las argucias del mar, navegando en el inacabable río de los secretos, haciendo ondear por mástil su blancura. Es entonces cuando se abre la incógnita y cunde el miedo, los marineros cambian impresiones y comienzan a pensar en abandonar la nave. Incluso traman motines, almacenan algunas armas y sólo esperan una orden para que momentáneamente los rediman y luego vuelvan a ser mandados sin piedad. Pero temen arriar los botes porque el mar es un incógnita, un secreto a pesar de las apariencias y Bedieza parece ser su emblema. Pero también cunde el temor, porque el viejo mercante noruego está permanentemente acompañado de venenosos peces longilíneos con dientes en forma de triángulo; no muerden a las personas, pero se devoran entre sí, y la sangre que mana al confundirse con el agua aletarga la voluntad y la musculatura, la cruel tarea la última el helado océano.

Bedieza parece replicar, como una campana sumergida en la parálisis abisal, haciendo sonar el latido de muchos odios y querencias. Un sonido lento y ahuecado que no deja de despertar al hombre, porque tal vez él conozca la atormentada existencia que impone y hace padecer desde una edad inmemorial, y que no es más que la sal que el hombre reparte y el agua que tanto sabe negar.